

El 9 de setiembre de 1969, se incorpora a la Academia el Dr. José Manuel Saravia, quien es presentado por el Dr. Manuel Río quien se refirió a la digna trayectoria profesional del nuevo Académico vinculada —dijo— con problemas de extraordinaria importancia judicial.

A continuación el Dr. Saravia pronunció la siguiente conferencia sobre el tema:

Reflexiones sobre la violencia

A principios de este siglo, Georges Sorel escribió un libro que intituló "Reflexions sur la violence" (Rivière, París, 1906). Fue la obra de un teórico del sindicalismo revolucionario que veía en la violencia del proletariado el instrumento para afirmar el movimiento obrero y para preparar el nacimiento de otra civilización. Con un análisis diferente y una perspectiva más amplia que la utilizada por Sorel, he creído oportuno, a la vuelta de más de sesenta años de la aparición de aquel libro, formular nuevas "reflexiones sobre la violencia".

La violencia está y estuvo siempre en el hombre como una pulsación de su existencia. El hombre y no el animal es violento porque aquél, a diferencia de éste, puede, por auto-determinación de su voluntad, ser no-violento. La agresividad del animal, en cambio, es irrefrenable porque responde a instintos y son éstos los que gobiernan su vida. La problemática de la violencia se plantea, pues, sólo en la esfera humana. Es el hombre, únicamente, quien tiene el desventurado privilegio de poder ser violento a voluntad.

La violencia, a nivel individual, cabe que sea centrípeta o centrífuga según que el hombre la dirija contra sí mismo o contra otro. No me ocuparé de la violencia a ese nivel. Su análisis incumbe a la siquiatria y ha suscitado una literatura copiosa y explicaciones numerosas como, por ejemplo, las de Freud quien, inicialmente, vio en la agresividad del ser humano una manifestación de la "libido" y más tarde, al instinto del placer, añadió otra fuerza actuante también en la profundidad del inconsciente: el instinto de la muerte o "destrudo". En estas reflexiones me limitaré al examen de la violencia a nivel de las relaciones humanas, de la vida colectiva, social, cultural. Allí constituye, desde hace algún tiempo, objeto de observación y, a la vez, interrogante.

A) COMO OBJETO DE OBSERVACION

1. *Concepto de la violencia.*

Ante todo debo precisar la significación que en mi estudio ha de tener el vocablo "violencia". Ello por dos razones. La *primera*, porque las palabras en un diccionario son, como dijo Ortega, *posibles* significaciones, pero no dicen nada; cobran sentido real o figurado según quién las dice, a quién van dirigidas y la situación en que ésto acontece (¹). Así se explica que, analógicamente, haya podido hablarse, respecto a la naturaleza, de violencia de una tempestad, de un terremoto o de un cataclismo y, con referencia al ámbito humano, de la violencia del amor. La *segunda* razón porque la violencia no es ni existe como un objeto a la manera de un libro, de una flor o de un escritorio. Lo que existe son actos, comportamientos o situaciones humanas que pueden resultar violentos. Y ésto contribuye a acentuar la dificultad de precisar la potencialidad decidora del vocablo.

La violencia, salvo la del individuo contra sí mismo, es de alguien (individuo o grupo) contra alguien (individuo o grupo). Su causa eficiente y su causa final es obtener de otro, por quien la emplea, algo que el violentado no concede por espontánea decisión. Significa irrupción en la personalidad o en la conciencia de un individuo o de un grupo al cual se constriñe en sus propósitos o en sus actos. No siempre es repudiable. No lo es, por ejemplo, la que acompaña, con razonabilidad, a la defensa o a la realización de un derecho, ni la "represiva" simbolizada por la justicia penal o la policía, ni la que comporta una guerra justa o resistencia a una agresión; tampoco, en principio, la liberadora de una situación de violencia. Es repudiable, en cambio, aquella que implica un atentado a la libertad de otro, a una libertad que no sea individualismo nihilista, irresponsabilidad, anarquía o caos; la libertad pero bajo la ley (no una ley arbitraria o tiránica) como ya lo expresó una vieja sentencia de sabiduría: *Sub lege libertas*.

2. *Antigüedad y formas de la violencia.*

La violencia es tan antigua como la humanidad misma. No constituye una novedad del siglo XX. Libertad y violencia, orden y caos, respeto al hombre y sus valores esenciales o degradación de ellos, son, en el curso de la historia humana, como dos caras del Jano mitológico.

La destrucción de la vida bajo formas sádicas, las luchas crueles entre grupos humanos, la subordinación de unos hombres a otros con menosprecio de la libertad y de los valores ínsitos a la dignidad humana, el poder físico triunfante sobre

¹ Ortega y Gasset, José. *El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid, 1958, págs. 275 y 276.

el derecho o, a veces, amparados por leyes *ab hominibus inventa*, han existido siempre en el tiempo como en el espacio. A revelárnoslo sirven relatos de historiadores y escritos vetustos de filósofos, dramaturgos y poetas.

Con visión retrospectiva puede observarse que la violencia tiene una dimensión histórica y un rostro diferente en cada época y lugar; puede observarse también que a la esperanza surgida tantas veces en el devenir histórico de haberse logrado su extirpación, siguió la reaparición de la violencia. Es como si ella tuviese la virtud inextinguible de renacer, como si fuese palingenésica. Y hoy, en el mundo contemporáneo, se manifiesta en las relaciones interpersonales, en los conflictos sociales, en el interior de la sociedad política, en el trato de los Estados entre sí y con los pueblos. Omnipresente, se exhibe también proteiforme: al lado de la violencia abierta, sin tapujos, está la encubierta; contigua a la impetuosa, la sutil, insidiosa y envolvente; vecina a la irracional o ciega, la científica que emplea técnicas elaboradas para manipular al hombre; cercana a la física, la psicológica.

3. *La violencia en el mundo contemporáneo.*

Como objeto de observación, sin entrar a considerar todavía a la violencia como un interrogante que reclama respuesta ¿qué de nuevo caracteriza a la violencia de hoy? ¿Cuáles los factores y elementos originales que sirven a dibujar su rostro en el mundo contemporáneo? ¿En qué planos sociales se manifiesta?

a) Ante todo la violencia es ahora más *universal* y *permanente* que en cualquier otra época precedente. El empequeñecimiento de la superficie del planeta por la rapidez de los transportes y el conocimiento instantáneo de lo que acaece en cualquier lugar del mundo, han traído, a la vez que mayores interdependencias de los grupos humanos y saludables solidaridades, una facilidad para la difusión de la violencia. Quienes la organizan están hoy en aptitud de proyectarla por encima de las fronteras y de los continentes.

b) Por otra parte, la violencia muestra rostros dispares según sean las técnicas puestas a su servicio. En ese sentido el desarrollo técnico y científico le ha proporcionado, en los últimos decenios, los instrumentos más violentos y devastadores y ha creado nuevos sistemas de violencia.

1) *Guerras*

Pensemos, por ejemplo, en las *guerras*. No eran iguales con el empleo del hacha, el arco o la espada, que las posteriores al descubrimiento de la pólvora. Y tampoco se asemejaron a aquéllas las que más tarde usaron el cañón, las armas bacteriológicas, los aviones que descargaban sobre ciudades abiertas bombas tradicionales. El 16 de julio de 1945, con el ensayo

en Alamogordo, en el desierto de Nueva México, la pujanza del átomo y su irrupción al ámbito humano se hicieron realidad deslumbrante y se inició en el mundo una nueva era: la atómica. Porque el hombre utilizó ese descubrimiento en su lucha contra el hombre, pudo ocurrir lo de Hiroshima y Nagasaki, nombre que evocan por sí solos, como alguna vez lo dije, todo el horror que el progreso técnico puede añadir al horror esencial de la guerra y que designan lo que jamás debiera volver a ocurrir. Y porque el afán bélico prosiguió animando al hombre, al ensayo en Alamogordo siguieron otros en diferentes puntos del planeta y aquel primero habría de quedar minúsculo en la puja creciente de los megatones. Lo cierto es que, con relación al tema que nos ocupa, asistimos, en esta época termonuclear, a otra forma de violencia: la denominada “equilibrio del terror” o “disuación atómica”. Las armas atómicas han puesto hoy en manos de un hombre o de pocos hombres la decisión suprema de aniquilar, en un instante, a millones de seres humanos y de producir el Apocalipsis.

Cabe añadir que el siglo XX en su sesenta y nueve años transcurridos, resulta, por las pérdidas de vidas humanas en conflictos bélicos, el más sangriento de la historia. Hasta fines del siglo XIX correspondía ese “record” a las guerras de Roma acaecidas durante el siglo III a. C. que, en proporción a cada millón de habitantes, alcanzaron la cifra de 69. Con la primera conflagración mundial, es decir en sólo 25 años de este siglo, Europa había tocado ya la cifra de 52 muertos por cada millón de habitantes pero después de la segunda guerra mundial ha superado con creces a la proporción de los muertos por guerras en cada siglo transcurrido desde el año 500 a. C.

Se puede destacar también, como otras características de las guerras actuales, 1º que a la manera de las invasiones de los hunos y los tártaros, suelen comenzar y proseguir sin previa declaración; 2º que la guerra ha dejado de ser un entre-acto entre períodos de paz para transformarse en algo permanente: las naciones están en conflicto bélico o lo sienten como probabilidad próxima y se preparan para él; 3º que, a diferencia de las de otrora, es posible que las guerras cruentas de hoy se proyecten a nivel mundial y su origen no responda, como antes, a problemas económicos, reivindicaciones territoriales o cuestiones de gabinete entre príncipes o a tendencias de libertad o de progreso, sino, con preeminencia, a un choque entre ideologías diferentes; 4º que se ha propagado una forma nueva, la de la guerra “fría”, que plantea al jurista un problema de calificación y de diferenciación: no es guerra, en la acepción técnico-jurídica clásica del vocablo porque no hace surgir las entidades de Estados beligerantes y neutrales, con sus respectivos derechos y obligaciones, pero en la realidad suele ser guerra “cálida” porque se combate y se mata.

Está, asimismo, otra forma nueva: la de la “guerrilla” que

añade a la guerra, “como suprema dialéctica de las naciones”, según la consideraba Hegel, una flamante dialéctica del hombre. Encuentra sus adeptos principalmente en aquella juventud que, sintiéndose como exiliada en el mundo actual, sacraliza el delirio y es capaz de desatar la barbarie, sin conciencia, a veces, de su barbarie. Ernesto “che” Guevara, en su libro “La guerra de guerrillas”, dedicado a la memoria del guerrillero Camilo Cienfuegos, describe los principios generales de esta guerra, su estrategia, táctica y formación. La violencia más desalmada y rigurosa brilla en este tipo de lucha del hombre contra el hombre.

II) *Subversión y revueltas*

Pensemos también como resultado de las fáciles interacciones e infiltraciones a nivel mundial, en la subversión, y en las revueltas. Son hoy otras manifestaciones extendidas de violencia.

En lo que concierne a la *subversión* América Latina, África y Asia constituyen su principal escenario a impulsos, preferentemente, de directivas que parten desde Moscú o Pekín o desde otros campos ya conquistados por el comunismo. La técnica es conocida: excitar a las masas contra los gobiernos, exacerbar el descontento de los pueblos, difundir ideologías que enfrenten a las normas y valores generalmente aceptados, crear o avivar conflictos circunstanciales e impulsos sensitivos en pugna, introducir agentes disimulados en las instituciones, montar organizaciones capaces de iniciar la rebelión y luego transformarla en asonada y la asonada en revolución para más tarde captarla y dirigirla conforme a sus intereses y propósitos. Es claro que, como ocurre para la expansión de los bacilos, se necesita terreno propicio, un tejido enfermo. Sin esto es difícil que la ideología o el agente foráneos puedan fructificar.

En cuanto a las *revueltas*, éstas se manifiestan en campos diversos. He de referirme ahora a uno de ellos: el de la juventud, en especial la universitaria. El conflicto entre las generaciones, que tantas veces produjo resultados óptimos, existió siempre pero en la hora actual tiene características singulares. La juventud, o mejor dicho una parte de ella, se agita con estruendo y a veces atemorizando simultáneamente y en lugares lejanos entre sí: en la Argentina y otras naciones de América del Sud, en Estados Unidos, Francia, Londres, de modo semejante que en Varsovia, Tokio, Estambul y recientemente en Hiroshima. Es como una marea que se levanta en el horizonte del porvenir. Las revueltas juveniles no ocultan de ordinario un propósito político: derrocar al poder y al orden establecidos. Es un propósito orquestado. Entremezclados a anhelos de reformas, a ilusiones y esperanzas generosas, a una avidez de verdad, de autenticidad y de franqueza, suele estar

visible la inspiración anárquica, el deseo nihilista de destruir todo lo del pasado y el presente y laborar algo nuevo y diferente que la mayoría de los actuantes no conoce ni siquiera en sus lineamientos generales. La violencia se enciende y se difunde con facilidad. Los locales de enseñanza son ocupados y el ruido substituye en ellos al silencio propicio para el estudio y la meditación. A las calles llega una lucha cuyos contendores son estudiantes y gendarmes que emplean de ordinario piedras y bastones como armas de combate. La jerarquía indispensable en toda comunidad de cultura donde se enseñe y se aprenda resulta quebrantada y la depredación alcanza a libros, a elementos de trabajo y a expresiones que el arte, con cuadros, esculturas y monumentos, elaboró para que sirvieran de numen y de ejemplo. La ordinariez de los medios desdora siempre inclusive los objetivos elevados.

III) *Los medios de comunicación social*

Los medios de comunicación social suelen servir hoy de instrumentos de violencia. La psicología y la sociología han puesto de manifiesto leyes y técnicas de cómo se manipula a los hombres y se los despoja de su sagrada libertad de pensar, de deliberar y de adherir o resolver. Con "slogans", con propaganda, con campañas de opinión, se penetra a la interioridad del hombre y se destruye la autonomía de su espíritu sometidoselo a servidumbre. Es una violencia más abyecta que la física porque ésta, por ser franca, compromete la responsabilidad de quien la ejerce y cabe a veces repelerla, mientras que la otra opera con disimulo y es fingida, astuta y envolvente; trata al hombre como cosa y lo reduce al estado de cosa.

En los países totalitarios, como la Unión Soviética y China Roja por ejemplo, los medios de comunicación social, de difusión de opiniones o noticias e inclusive de educación, están al servicio de la ideología del Estado, y el habitante sólo conoce lo que por esos medios se le informa. No tiene así posibilidad de juicio, es decir, de distinguir lo verdadero de lo falso o el bien del mal, y determinarse en consecuencia. Lo mismo acaeció en Alemania nazi. Allí Goebbels, con sus normas de propaganda, elaboró el instrumento técnico perfecto para consumir un plan diabólico: provocar el odio contra el adversario; incitar y canalizar los impulsos agresivos bajos existentes en algunos elementos de la comunidad; desinteresarse, en conexión con la propaganda, de la verdad y, con maquiavelismo, usar la invención y la mentira, explotar la credibilidad popular, etc., etc.²

La comunicación con los demás debiera siempre escoger medios que facilitaran, y no obstruyeran, el poner en contacto

² Del libro "Goebbels' Principles of Propaganda", reseñadas por Leonard W. Deeb, dichas normas están publicadas en la obra de D. Katz, D. Cartwright, A. Mc Clung Lee y S. Eldersveld: *Public Opinion and Propaganda*, The Dryden Press, New York, 1964.

la conciencia, la subjetividad de los seres humanos entre sí, respetándolos en su dignidad eminente; que no significaran caminos para arremeterlos y transformarlos en receptores pasivos de un mensaje incoercible, tantas veces desprovisto de sinceridad y de buena fe. Bien se ha dicho que “la comunicación, que implica la dualidad, no puede realizarse sino por un acto de comunión”; la comunicación sin comunión, es sólo una adaptación recíproca de objetos³.

Y así, como un “objeto”, es tratado y vive de ordinario el hombre en la sociedad tecnificada contemporánea. A través de la radio, la televisión, el cinematógrafo, la literatura y otras expresiones del arte moderno, suele llegarle un mensaje que, con repiqueteo asiduo, extiende un relativismo ilimitado en el universo de los valores morales; que considera al hombre como a un ser que, según capricho, puede ser movido desde afuera y no un ser movido desde adentro, y lo considera también como un trozo de materia en un mundo material haciéndole, de tal forma, perder su libertad de espíritu, porque ésta, más que un estado de dominio sobre las cosas, es uno de desapego de ellas.

Por otra parte los medios de comunicación social, especialmente los de masa, *exhiben* la violencia o, a veces, la *ejercen*.

a) Los secuestros, las torturas, las persecuciones y venganzas de toda índole, los asaltos, crímenes y suicidios, reales o imaginarios, son expuestos sin cortapisas y a veces hasta glorificados. La violencia constituye uno de los elementos de base. El espectador o el oyente, en audiencias multitudinarias, adhiera con facilidad a lo que se le muestra. Se suscitan así “actitudes”, y la actitud suele luego abrir el camino al “acto”.

b) El pensamiento “unidimensional” (para usar una calificación de Marcuse en uno de sus libros recientes) (4), característico de la sociedad industrial avanzada, es favorecido por los proveedores de informaciones de masa. Se crean, sobre la base de la repetición, fórmulas hipnóticas y se difunde una dominación que apaga toda resistencia, toda alternativa. En esa sociedad, el hombre existe como un instrumento y actúa, en razón de los condicionamientos elaborados en torno suyo, sin libertad real. La propaganda le suscita necesidades ficticias y obra y consume según se lo indica la publicidad. Hasta piensa como se le hace pensar. Un antihumanismo se generaliza y los valores trascendentes pierden jerarquía ante el primado concedido a la utilidad y a la eficiencia inmediatas, que tantas veces frustran las mediatas y esenciales. No faltan, felizmente, seres humanos que han sabido conservar su capacidad de contemplar, de discernir, de comprender que sólo al hombre, con

³ JOLIVET, Regis, *la sinceridad y sus exigencias*, traducción al castellano, Edit. Aula. Murcia, 1953, págs. 181 y 182.

origen divino y destino ultraterreno, sin coerciones, ni conducciones o condicionamientos indebidos, incumbe la misión creadora en este planeta.

IV) *Otros planos sociales en que se manifiesta la violencia*

La violencia se manifiesta también en otros campos del mundo actual: a) las relaciones internacionales; b) los conflictos sociales; c) la política; d) la religión.

a) *Las relaciones internacionales.*

En lo que concierne a las relaciones internacionales me he referido ya a las guerras. En ellas cada contendiente prosigue hoy, como antaño, imponiendo su ley al adversario y la intención hostil es la que mueve a ambos. Se han hecho esfuerzos y se han elaborado doctrinas e inclusive instituciones tendientes a eliminarlas. Pero hasta ahora no han tenido pleno éxito. Es que no hay, con extensión ecuménica, una auténtica voluntad de paz la cual requiere una adhesión profunda al espíritu de objetividad y de corazón a la fraternidad⁽⁴⁾. Bien declara el estatuto de la UNESCO que "las guerras nacen primero en el espíritu de los hombres".

Pero no sólo las guerras expresan la violencia internacional; están también las manifestaciones y efectos de la violencia psicológica y de la económica.

La *violencia psicológica* afecta al espíritu de los hombres y tiende, con imperativos exteriores, a apagar en ellos las resistencias intelectuales y emocionales. Lo irracional procura hacerse aceptar como racional. Esta violencia conduce a dividir al mundo en reductos aislados y lo empequeñece. Surgen bloques enfrentados, nacionalismos enardecidos, odios contra razas, pueblos y clases, contra creencias religiosas, contra ideas y hombres determinados. En atalayas diversas se instalan mesianismos cuya propaganda desborda todas las fronteras. Se procura y a veces se logra reemplazar a una sociedad de hombres libres, dotados de personalidad autónoma, por una colectividad de hombres gregarios, que se acostumbran a esperar todo de los poderes más altos y nada de sí mismos, una especie de agregación de siervos, angustiados y acosados.

La *violencia económica* es también patente en el mundo contemporáneo. El desequilibrio económico entre las naciones crece y el adelanto de la técnica sólo en algunas de ellas contribuye a acentuarlo. Mientras ciertos países se enriquecen y disfrutan hasta de lo superfluo, otros padecen hambre, miseria, sumergidos en el analfabetismo, carentes de hospitales y

⁴ MARCUSE, Hebert, "One-Dimensional Man" (he consultado la traducción francesa: "L'homme unidimensionnel, Les Editions de Minuit. París, 1968).

⁵ MAHEU, Rene, *Créer un nouvel ordre du monde*, en "Le Courrier", UNESCO, agosto-setiembre 1967, p. 37.

de habitaciones dignas de ese nombre. El egoísmo caracteriza, en ámbito económico, a la actividad internacional de muchas naciones. Se crean, así, situaciones de violencia. Los países proveedores de materias primas están a merced de los que las industrializan y éstos procuran adquirirlos a precios en progresivo decrecimiento. A veces, a la inversa, los suministradores de materias primas especulan con éstas en situaciones de emergencia. El individualismo más áspero, más desinteresado de los deberes que impone la equidad en las relaciones comerciales y la solidaridad entre los pueblos, suele imponer las soluciones.

En la Introducción a la Constitución Pastoral “*Gaudium et Spes*”, hay conceptos que describen la condición del hombre y de las naciones en el mundo contemporáneo. Recordaré algunos de esos conceptos: “El género humano nunca ha disfrutado de tantas riquezas, capacidades y poder económico y, sin embargo, una gran parte de los habitantes del mundo todavía padecen hambre y miseria, y hombres innumerables sufren la total falta de instrucción. Nunca como hoy han tenido los hombres un sentido tan vivo de la libertad, mientras surgen a la vez nuevas servidumbres psíquicas y sociales”... “surgen también grandes discrepancias entre las razas y las diversas clases sociales; entre las naciones opulentas y las menos opulentas y las pobres; y finalmente entre las instituciones internacionales... y la avaricia colectiva de las naciones”... “Los pueblos oprimidos por el hambre interpelan a los pueblos opulentos”... “Así las cosas, el mundo actual se presenta a la vez poderoso y débil, capaz de realizar lo mejor y lo peor; el camino le está abierto a la libertad o a la servidumbre, al progreso o al atraso, a la fraternidad o al odio”.

b) *Los conflictos sociales.*

En esta descripción de planos en que se manifiesta la violencia, debo referirme también a los conflictos sociales.

En toda sociedad existe, entre las fuerzas de sus distintos elementos integrantes, una tensión inevitable, muchas veces recóndita, que es expresión de vida. La ausencia de esa tensión trae descomposición o muerte. Pero cuando ella, en razón de desacuerdos y pugnas enérgicos e intransigentes se acentúa, puede derivar en crisis o conflicto⁶). Cabe que sean, entre otros, conflictos de generaciones, conflictos de razas, conflictos de sexos, conflictos de trabajo.

1) Aludí ya a los conflictos de generaciones. Son hoy quizá más intensos que en otro tiempo. En algunas plazas y calles del mundo, se sitúan jóvenes que se han decepcionado antes de haber hecho un esfuerzo ni luchado; que asumen frente a

⁶ LAPIERRE, J. W., “La violence dans les conflits sociaux”, en “La violence dans le monde”, Desclée De Brower, págs. 129 y sigs.

todo y a todos una actitud hostil, que con vestimenta extravagante y actitudes equívocas, esfuman y confunden la apariencia de la mujer y el hombre, y usan drogas y proclaman y practican la libertad, el desenfreno y las aberraciones sexuales; que enfrentan y pretenden aniquilar los valores y realizaciones de una civilización de la cual, empero, son herederos y prosiguen siendo beneficiarios. Es una juventud que se alza contra la historia. Y en esa juventud "hippie" está en potencia, y a veces en acto, la violencia.

¡Oh jóvenes —expresaba Virgilio en la Eneida (VIII, 12)— ¿Qué fuerza os impele a buscar caminos desconocidos? Es cierto que casi todo lo grande ha sido realizado por la juventud y que vivimos en momentos de crisis de una sociedad que, a escala mundial, suscita protestas justificables. Pero más que de destruir, corresponde ahora corregir y construir.

2) El racismo, fuente también de violencia, ha aparecido y suele reaparecer en el mundo contemporáneo. Es manifestación morbosa que hunde sus raíces en épocas pretéritas. Entre los griegos y los bárbaros, según Isócrates, había más diferencia que entre el hombre y el animal, y Aristóteles mismo proclamaba que ciertos hombres eran esclavos por naturaleza. La mística de la sangre y la raza coloca a algunos hombres en situación de inferioridad, y desconoce la esencia psicológica y metafísica de la persona humana. El racismo tuvo sus teóricos: el Conde de Gobineau y luego Vacher de Lapouge; en Alemania, Otto Ammon. Más tarde, en la misma línea, aparecieron apóstoles como Alfredo Rosenberg y Adolfo Hitler que hicieron servir el mito racista para elaborar la metafísica heroica del Tercer Reich. El genocidio y una crueldad y violencia sin límites, fueron algunos de sus frutos.

La diferencia de color llegó a constituir en Francia impedimento para el matrimonio hasta que se lo abolió en 1791. En Estados Unidos de Norteamérica, en cambio, perduran injustificables discriminaciones entre blancos y negros, aunque se lucha con acierto para extirparlas. Esas discriminaciones se mantienen con rigor en la Unión Sudafricana, donde tienen como antecedente la política del "apartheid" comenzadas en tiempos de la colonización holandesa e inglesa; también, entre otros lugares, en Mozambique, Angola y la Guinea Portuguesa.

Nuestro país exhibe en esta materia una tradición gloriosa. Lo que suele llamarse "colour-bar", así como otras expresiones del mito racista, jamás tuvieron acogida.

3) La tensión entre los dos sexos trajo una lucha tendiente a obtener para la mujer capacidad y derechos otrora reservados a los hombres y ha servido a elevar la condición de aquella y a desvanecer expresiones de inhumanidad y de barbarie. Pitágoras expresó hace siglos, que "hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre y un principio malo que

ha creado el caos, las tinieblas y la mujer". Es un pensamiento que parecería expresar lo que ha inspirado, a través de la historia, la formación y la situación concedidos a la mujer. Toda opresión crea un estado de violencia y la mujer trató de emerger en la luz de la trascendencia. Con visión retrospectiva aparecen desde el fondo de la historia, entre otros hechos, el rapto de las Sabinas, la reducción por pueblos conquistadores de las mujeres de pueblos conquistados a la esclavitud, el derecho de pernadas, la trata de blancas y la prostitución oficializadas, el donjuanismo, así como el machismo, todos ellos con carácter de estructuras sociales aceptadas y de rasgos culturales que partían del supuesto de que las mujeres eran seres inferiores. Los turcos y los árabes llegaron a creer que ellas no tenían alma y hasta no hace mucho las legislaciones, inclusive de países de Occidente, consideraban a la mujer casada como un menor de edad. En la Argentina la ley 11.357, de Derechos Civiles de la Mujer, y la que concedió a ésta derechos políticos, trajeron, en la equiparación de la mujer al hombre, innovaciones saludables. El decreto-ley nº 9983 del año 1957, que ratificó la Convención Interamericana de Concesión de Derechos Civiles a la Mujer, aprobada en Bogotá el 2 de mayo de 1948 por la Novena Conferencia Internacional Americana, refirmó aquella equiparación.

4) Hay otro conflicto que suele ser fuente de violencia: el vinculado a la relación de trabajo. La violencia o la situación que en esa relación la genera, viene de antiguo. La esclavitud, la servidumbre, la trata de negros, la exterminación de indios en nuestra América, fueron expresiones de ella. Los inicios de la era industrial estuvieron acompañados por una situación de violencia. Basta recordar un dato: en 1835 había en las fábricas de hilados inglesas más de 20.000 niños menores de 12 años, más de 35.000 de 12 a 13 y más de 100.000 de 18 años, trabajando y creciendo en condiciones infrahumanas. Hasta tal punto imperaba entonces la violencia que un hombre, profundamente herido en su sensibilidad por las injusticias sociales que veía, como fue Carlos Marx, construyó una filosofía de la historia que explica el desarrollo de la humanidad en función de la dialéctica de la violencia, siempre presente entre opresores y oprimidos.

Hoy el capital se agrupa. Es una red que con filiales, empresas, reuniones de empresas y otras figuras jurídico-económicas, traspone fronteras y se extiende por vastas latitudes. Su poderío se acrecienta y desde un centro son posibles macrodecisiones con proyección internacional. El trabajo, a la vez, va dejando de ser, como era comúnmente en otros tiempos, labor de un individuo aislado para convertirse en labor de muchos. Se organizan entonces, por el interés solidario de los trabajadores, sindicatos u otras entidades que reúnen a los obreros. Las cláusulas que reglan el precio y las condiciones de trabajo no es ya, como regla, el resultado de una discusión entre patrón

y obrero individuales sino de una convención colectiva. Son dos entidades fuertes las que discuten y resuelven. En este campo las medidas de violencia son frecuentes: el "lock-out", las huelgas con ocupación de lugares de trabajo o sin ella, los despidos en su consecuencia, etc., etc. Sin embargo la aparición de las entidades sindicales en el mundo occidental, ha constituido un paso positivo hacia la superación de la violencia: la negociación, el compromiso, el debate para armonizar intereses a veces opuestos, han substituido y continúan substituyéndose, progresivamente, lo que antes solía ser imposición o despotismo.

La humanidad, en sus comienzos, consideró el trabajo, especialmente el manual, como una maldición. La filología, la mitología greco-latina y algunos de los primeros filósofos imbuidos de un desprecio aristocráticos hacia el trabajo, confirmaron aquel concepto. Pero el trabajo fue rehabilitándose de siglo en siglo. Cristo como carpintero en Nazaret y la mayor parte de sus Apóstoles como artesanos, dieron al trabajo dignidad eminente. Esa dignidad exige hoy que sea humanizado en todas partes. La exigencia de esa humanización surge clara de los documentos del Concilio Vaticano II, de Encíclicas y Alocuciones Papales, de declaraciones de Episcopados, de una prédica vigorosa de laicos insignes que han denunciado la persistencia e inclusive el incremento, en la relación de trabajo, de anomalías y situaciones que constituyen fuente de violencia.

c) *Política y violencia.*

La violencia impregna también a la política. El enfrentamiento entre ideologías y conceptos disímiles en cuanto a medios y fines, a técnicas y valores, a las nociones de autoridad, de libertad y de igualdad, al estatuto y organización de la sociedad, a las relaciones entre individuo y Estado y a tantos otros temas que constituyen objeto de la reflexión política, suele trasponer los límites de la discusión serena e impulsar hacia la dominación y la violencia. Muchas veces lo que se llaman pasiones políticas suelen ser pasiones comunes y muchas veces también la política, que es esfera de conflicto, saca a luz, como se ha dicho, toda la vanidad y el veneno, el narcisismo y la agresión de las partes contendientes. El debate es siempre necesario en toda sociedad y sirve, a la vez que a prevenir el conformismo extendido y la sumisión del hombre, a abrir camino a la gravitación de la pluralidad de fines y, con ello, al equilibrio de las voluntades opuestas.

La dialéctica de la política se mueve, de ordinario, en función del todo, de algo que se entiende como ventaja colectiva. Es transición de un consenso presente a otro que se busca, y en ella está ínsita una violencia actual o una eventual. La política y los políticos existieron siempre en toda sociedad y muchos de ellos prestaron servicios eminentes. Pero en ámbitos diversos suelen haber políticos que asignan a sus ideas carácter de fuerzas incontrastables; que actúan imponiendo y no con-

venciendo, y que con despliegues decorativos y recursos impetuosos, tienden a lograr sus fines no con el diálogo, el concierto o la diplomacia, sino por la violencia abierta o encubierta.

d) *Religión y violencia.*

El cristianismo, así como otras religiones fueron, desde siglos, objeto de persecuciones que desembocaron muchas veces en violencia cruel. Los cuerpos de creyentes transformados en teas encendidas o víctimas de otros suplicios atroces por haberse negado a abjurar de sus creencias religiosas, son datos de la historia; son datos también de esta época: la visita reciente de Pablo VI a Africa tuvo, como uno de sus propósitos, rendir homenaje a varias decenas de católicos que murieron por esa causa.

En la era actual han crecido los dogmatismos. Constituyen ataques a la verdad, a la libertad y a la inteligencia. En el plano de la ciencia la verdad no es un absoluto, sino un continuo hacerse, una constante búsqueda de conclusiones, siempre provisionales, que caducan y son reemplazadas. Por otra parte, quien contempla y adora penetra a un mundo de grandes dimensiones y no queda encerrado en sí mismo. Dios, en ese sentido, le trae libertad. Cabe añadir que el creer no es incompatible con el saber. En el mundo contingente la inteligencia sólo percibe fenómenos y quien afirme que la realidad aparental o “facticidad” sea la única realidad, está ya en plano filosófico y se adscribe a una nueva metafísica. ¿Por qué, entonces, elaborar tantos obstáculos para la actitud religiosa?

1) El marxismo, tan difundido hoy en el mundo, constituye fuente ubérrima de esos obstáculos. La lucha contra la religión enroló a Marx desde sus tiempos de estudiante. Las demoliciones debían comenzar, según él, por la de Dios. Un ateísmo activo estuvo ya presente en la tesis que escribió en sus tiempos de estudiante y estuvo presente también en toda su obra posterior. La religión —manifestó Marx— “es la expresión de lo que aleja y separa el hombre del hombre”, “el opium del pueblo”. Siguió, así, en la postura de Feuerbach y la vinculó a la cuestión social. Era menester destruir la “alienación religiosa”, sustituir la religión por la antropología.

Producida en Rusia la revolución de 1917, entre las primeras medidas del legislador soviético, estuvieron las tendientes a eliminar lo religioso de varias instituciones civiles. No faltaron, de inmediato, los actos de depredación: las turbas alocionadas incendiaron y saquearon templos, se abrieron 58 tumbas de santos destruyéndose sus reliquias y hubo procesos contra eclesiásticos algunos de los cuales fueron condenados a muerte.

Era difícil, empero, desarraigar la religión profundamente arraigada en el pueblo ruso y la persecución violenta contribuía a afirmarla. Los gobernantes soviéticos lo comprendieron y, aunque el propósito erradicador prosiguió animándolos, cam-

biaron de actitud. Ahora, y desde hace años, la lucha contra la religión está planteada en el terreno ideológico y usa como instrumento preferentemente la propaganda antirreligiosa. El libro, la prensa, el cinematógrafo y la cátedra son los medios principales de una ofensiva que procura la ridiculización y el desprestigio del teísmo. Hay más: la Constitución de la U.R.S.S. de 1936, en su art. 124, declara que "la libertad de practicar el culto religioso y la libertad de propaganda antirreligiosa, son reconocidas a todos los ciudadanos". En tal forma, como alguna vez lo expresé, sólo el ateo tiene hoy, en la Rusia Soviética, libertad de conciencia, libertad política de no creer y de decirlo públicamente. El deísta carece de esa libertad: puede creer en silencio, dentro de los muros acechados del templo, pero no puede decirlo públicamente.

2) Otros obstáculos para la actitud religiosa, surgen de deformaciones que al ser humano traen la civilización técnica y la propaganda trastocada en torno a ella. Entre esas deformaciones está la de hundir al hombre en sus propias obras, haciéndolo dependiente de éstas; la de darle una sensación de grandeza y poderío que lo conduce a cantar la gloria del hombre y no la de Dios; la de apartarlo de las realidades soberanas y hacerlo vivir sólo en un mundo aparential, tantas veces falso. ¿Cuál la consecuencia? Un reino de sombras alrededor de muchos hombres e ídolos que los angustian y atormentan: máquinas, colectivismo, la sangre, la raza, revolución universal, Marx, Castro, Mao. En una jungla de egoísmos y de afanes de poderío, son sacrificados los valores trascendentales y, apagado el sentimiento de fraternidad, prevalecen los cálculos utilitarios y hedonistas. En esa jungla la violencia se propaga por amplias avenidas.

* * *

Los ámbitos que acabo de mencionar no son los únicos en que se manifiesta la violencia. Existen otros. Hasta el deporte que debiera ser siempre confrontación noble y caballerezca, suele, en algunas de sus especies, degenerar en violencia y comprometer a veces la buena relación entre las naciones.

Vivimos ciertamente una era de violencia masiva. Es violencia que constituye hoy motivo de escándalo porque, a diferencia de momentos precedentes, ella coexiste, paradójicamente, con adelantos de la civilización que en calidad y cantidad han superado, en breve lapso, los que habíanse logrado en milenios, y con una lucidez de la ciencia y también de muchas conciencias que conceptúan a la violencia como una regresión, como un resabio de épocas primitivas.

B) LA VIOLENCIA COMO INTERROGANTE

Por ello el fenómeno de la violencia plantea interrogantes al filósofo, al teólogo, al sociólogo, al político. Algunos, en res-

puesta, han ensayado justificarla y hasta exaltarla mientras otros la repudian. Pero el término violencia es equívoco, sobre todo cuando se aplica a situaciones desemejantes, y el juicio de valor acerca de la violencia no cabe ser emitido manteniéndose, con exclusividad, en el terreno de los principios abstractos.

Justificación de la violencia

Hay quienes atribuyen a la violencia en sí misma, con prescindencia de la causa que la genera o de la finalidad que persiga, virtudes positivas. Otros, en cambio, le prestan justificación según su relación con determinados casos o situaciones.

1) Hegel (1770-1831) fue el primer filósofo que justificó la violencia en sí misma. Vio en ella un paso en el proceso dialéctico indispensable para la realización del Absoluto. El Absoluto, que Platón había situado en el universo de las ideas puras, inasequibles a las contingencias de la historia es introducido por Hegel en la historia, en la vida de los hombres y naciones. Y ese Absoluto, a fin de realizarse plenamente, debe pugnar con el "trabajo del negativo", en un proceso de contradicción constante ("tesis" y "antítesis") que conduce a una "síntesis", de existencia transitoria porque a su vez será negada. La violencia es ineludible para crear este coloquio y para hacer posible, a través de los grandes hombres y momentos de la historia, la expresión y plenitud del "Ser". Para Hegel la violencia tiene, así, una misión creadora y su filosofía le presta una justificación dialéctica (7).

2) Federico Nietzsche (1844-1900) fue otro filósofo de la violencia. Lo épico había impresionado su sensibilidad y excitado la actividad de su talento. Vio en los griegos principalmente la aptitud de un pueblo para crear la tragedia, mezcla de vida y de muerte, lucha del hombre contra el destino aniquilador. Admiró a Ricardo Wagner con quien más tarde discreparía, a Shopenhauer, a Napoleón y a otros espíritus exaltados. El filósofo no quiere ser mero "contemplador" de valores, sino "creador" de valores. En el pensamiento y la obra de Nietzsche está viva la oposición contra el Cristianismo, la democracia y el socialismo; también un individualismo aristocrático, una "voluntad de poder" como esencia de la vida, un culto de la fuerza y de la masculinidad. Busca una moral que esté "por encima del Bien y del Mal" (8) y expresa: "Enseño a decir sí a todo lo que fortalece, a lo que acumula fuerzas, a lo que justifica el sentimiento del vigor" (9). "El hombre, elevándose hasta la altura del Titán, conquista para sí mismo su propia civilización y obliga a los dioses a ser sus aliados porque gracias a la sabiduría, que es la

7 MUGNIER-POLLET, Lucien, "Violence et moral", en *La violence dans le monde actuel*, ob cit., págs. 26 y sigs.

8 "Par delá le Bien et le Mal", ed. "Mercure de France", 14 edic., pág. 101.

9 "La volonté de puissance", Ed. "Mercure de France". París, t. I, págs. 126-127.

suya, tiene en sus manos la existencia de los dioses y los límites de su poder" (10). En "Así hablaba Zarathustra" (11), enseña el "superhombre" en el sentido terreno, con moral que es inmoralismo, despreciador del prójimo ("vuestra voluntad", allí está vuestro prójimo), "señor de la tierra", "sin las virtudes del rebaño". Nietzsche nos ha proporcionado así, a la par que una justificación heroica de la violencia, el retrato más acabado del hombre de la violencia. Su filosofía, como la de Hegel, deidificador del Estado, habrían de conducir en política, como término lógico, el nazismo (12).

3) La lista de apóstoles de la violencia es extensa. Por la trascendencia de la prédica de algunos de ellos, corresponde recordar otros nombres.

(I) *Carlos Marx* (1818-1883) fue, ideológicamente, discípulo de Hegel pero su filosofía, a diferencia de la de Hegel que en cierto modo apoyaba lo existente, se puso al servicio de la revolución. Toda la historia es, para él, lucha de clases, pugna constante entre opresores y oprimidos, y esta contiene sólo habría de cesar con el advenimiento, en todo el universo, de la ciudad comunista en la cual desaparecerían las "superestructuras" actuales (religión, instituciones jurídicas y políticas, moral, etc.). El filósofo se transforma en sedicioso y edifica un partido. Preconiza la violencia. En el Manifiesto Comunista se expresa: "Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente". La filosofía marxista es, así, también filosofía para la acción, para la "praxis". Según Marx, sería evidente que el arma de la crítica no sabría substituir a la crítica de las armas. La revolución sangrienta y total abriría camino a la sociedad nueva. Marx recoge y hace suyo el aforismo de Heráclito, antecesor de la dialéctica: "la guerra es la madre de todo". Una vez más esta filosofía de la fuerza conduce a la glorificación de la lucha, a la apología de la guerra (13).

¹⁰ "L'Origine de la tragedie". Ed. "Mercure de France", París, pág. 90.

¹¹ Ed. "Mercure de France", París, 1901. Entre otros conceptos, expresa: "Es que yo os aconsejo el amor al prójimo? ... yo os aconsejaría la huida del prójimo ... más alto que el amor al hombre, coloco el amor a las cosas y a los fantasmas (p. 84). El "por el prójimo" es sólo la virtud de los pequeños. ... ellas no tienen el derecho ni la fuerza de nuestro egoísmo... vuestra voluntad: ahí está vuestro prójimo (p. 423).

¹² MASSUH, Víctor, "La libertad y la violencia", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968, pág. 26; CASABO SUQUE, José María, "Violencia y Revolución", en Rev. CIAS, Buenos Aires, abril-mayo 1969, pág. 15 y sigs., LEBRET, L. J., "Ascensión humana", Editorial Estela S.A., Barcelona 1962, pág. 52.

¹³ PIETTRE, André, "Marx y marxismo", Ediciones Rialp, Madrid, 1963, pág. 49.

mo de Heráclito, antecesor de la dialéctica: "la guerra es la madre

(II) *Federico Engels*, corredactor del Manifiesto Comunista y compañero de Marx, adhirió a la concepción materialista de la historia y vio también en la relación económica el factor determinante de la organización y evolución sociales.

En su "Anti-Dühring" consagra tres capítulos a la "teoría de la violencia" que contienen una interpretación materialista de la historia militar, la evolución de las armas y la táctica de la guerra. "Es un hecho indiscutible —dice— que la humanidad arrancó del estado animal y necesitó acudir, por tanto, a medios bárbaros y casi bestiales para salir de aquel estado de barbarie". Y tras un análisis pormenorizado en el cual campea la inflexibilidad intelectual y el desprecio por las ideas ajenas, elogia la violencia que, según él, "desempeña en la historia un papel revolucionario, el papel, para decirlo con las palabras de Marx, de comadrona de toda sociedad antigua que lleva en sus entrañas otra nueva, el instrumento por medio del cual vence el movimiento social y saltan hechas añicos las formas fosilizadas y muertas" (14).

(III) *Georges Sorel* pensaba que "es a la violencia a lo que el socialismo debe los altos valores morales que aporta a la salud del mundo moderno"; que con la violencia proletaria y la huelga general, "el mundo moderno posee el motor primero que puede asegurar la moral de los productores"; que hay que responder a los "corruptores burgueses" con la "brutalidad más inteligible" (15). En esa violencia, coincidiendo en ésto con Nietzsche, cuyos conceptos transcribió, Sorel veía la audacia propia de los héroes helénicos, de las razas nobles, audacia espontánea, indiferente a las seguridades del cuerpo, robusta, libre, creadora de individualidades esforzadas.

4) La apología doctrinaria de la violencia prosiguió. Los discípulos de Marx y de Engels, se multiplicaron: Lenin, Stuchka, Reisner, Pashukanis, Stalin, Vyskinsky, Khrouchtchev, Mao-Tse-Tung, etc. Muchos de ellos introdujeron nuevos enfoques e ideas pero mantuvieron, en lo esencial, el pensamiento de Marx y Engels. A muchos de ellos les tocó también llevar a la práctica la violencia que predicaban cuando, con una revolución violenta, el marxismo se instaló en Rusia y en otras naciones. Comenzaron, entonces, a fracasar muchas de las predicciones del marxismo. Así, en vez de la vaticinada desaparición del Estado, apareció un Estado despótico que usó la violencia y el terror no ya contra enemigos burgueses sino contra partidarios comunistas. Así, en lugar de la franqueza para enunciar las intenciones y propósitos que como estrategia marcó el Manifiesto Comunista, Lenin escribió: "Es necesario unir la más estricta devoción a las ideas comunistas, con el arte de consentir

¹⁴ ENGELS, Federico, "Anti-Dühring", Edit. Hemisferio, Buenos Aires, 1956, págs. 169 y 172.

¹⁵ SOREL, Georges, "Réflexions sur la violence". Rivière, París, 1946, págs. 388 y 389.

todos los compromisos prácticos, los rodeos, zig zags, maniobras de conciliación y de retroceso y otras semejantes..." (16). Así surgiría también, más tarde, aprobada en 1961 por el XXII Congreso del P.C.U.S., la teoría de la "coexistencia pacífica"; de que "el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad al pueblo de otro país", no obstante lo cual subsistirían el muro de Berlín, que más que entrar impide salir, la invasión ostensible o furtiva a otros pueblos y el sojuzgamiento de naciones tras las Cortinas de hierro y de bambú.

Es que la violencia humana lleva en sí algo de infinito, de desbordante. Traspone, una vez desatada, cualquier límite prefijado. Crea muerte en vez de vida y, como un dios mitológico, devora a sus autores. Hoy dos países comunistas, a impulsos de sus propias violencias, están enfrentados.

La no-violencia

En la actualidad es raro que, doctrinariamente, se justifique o se elogie a la violencia en sí misma. Suele hacérselo más bien en enlace con una reivindicación, una liberación, la resistencia a una opresión, la búsqueda de un nuevo orden o, en postura adversa, con la defensa nacional o de la ley y el orden existentes.

En este siglo ha aparecido una corriente moralista que niega la violencia. Entre sus teóricos han figurado *Tolstoi* que dio al rechazo individual de toda violencia, categoría de regla fundamental del pacifismo; *Romain Rolland* que, durante la batalla del Marne, publicó en Suiza "Au-dessus de la mêlée" (Edit. P. Ollendorff, 4ª edic., París, 1915), apelación conmovedora a la paz y al espíritu de no-violencia que suscitó, en aquella hora, críticas apasionadas; *Alain, Gandhi, Maritain, Charles de Foucauld, Martín Luther King* y otros.

Fueron también propulsores de esa corriente, teólogos y escritores católicos y de otras religiones, dirigentes del socialismo democrático y otros espíritus selectos que propugnaron el amor y la paz frente a las tentaciones del egoísmo y la violencia.

Mohandas Karamchand Gandhi nació el 2 de octubre de 1869 en Porbunder, en la costa de la India occidental. Parte de su vida habría de transcurrir en época de auge de un colonialismo en Africa y en lugares de Asia que creaba a los colonizados bajas condiciones de existencia; época en que también, y en contraste, se difundían ideas generosas de liberalismo. Era la época de *Tolstoi* (1828-1910), la época en que se reunió la primera Conferencia de la Haya (1899), que elaboró las bases del derecho internacional público actual (1899) y la conferencia de Bruselas (1899), que condenó la esclavitud; en que la

16 LENIN, "La maladie infantile du communisme (Le communisme de gauche)", Bibliothèque Communiste, París, 1920, p. 111.

Cruz Roja se proyectó al plano internacional, se creó el Premio Nobel de la Paz (1895-1901), etc., etc.

Gandhi, desde su infancia, tuvo influencias y vivió en ambientes que resultaron propicios al desarrollo de los dos grandes principios que gobernaron su existencia: la búsqueda de la Verdad y la práctica de la no-violencia (*ahimsa*). “El *ahimsa* y la Verdad son —escribió— mis dos pulmones; no podría vivir sin ellos”.

En lo que concierne a la Verdad, dijo que a los trece años ya “tenía la pasión innata de la verdad”... “no recuerdo haber dicho jamás una mentira”... “soy un humilde servidor de la verdad”. Pero esa adhesión activa y firme a la verdad, esa convicción de que “en la realidad nada es, nada existe, salvo la verdad”, no lo condujo a la intransigencia: “La regla de oro de la conducta es la tolerancia mutua puesto que nunca tendremos todos las mismas ideas y sólo veremos la verdad fragmentariamente”... “El hombre es un ser falible. No puede jamás estar seguro de no haberse equivocado”... “si me arrogo el derecho exclusivo de tener razón, usurpo una función que pertenece a la Divinidad”.

A esa búsqueda constante de la Verdad, unió la doctrina y la “praxis” de la no-violencia. “El hombre no posee el poder de crear; tampoco posee el poder de destruir”... “no puede alcanzarse la visión perfecta de la Verdad si previamente no se ha logrado el perfecto *ahimsa*”... “el *ahimsa* y la verdad están tan estrechamente unidos que es imposible separarlos”... “el *ahimsa* es el medio, la Verdad es el fin”. La no-violencia es “deber supremo”... “el primer artículo de mi fe también el último artículo de mi credo”. La no-violencia, para constituirse en fuerza real, debe comenzar en el espíritu. “*Ahimsa* no es, únicamente, no matar; *himsa* (lo contrario de *a-himsa*) es causar sufrimiento o destruir una vida sea por cólera, sea bajo el imperio del egoísmo, sea por el deseo de hacer el mal...”. Dijo también que la ley del amor era la ley de su ser y que la había encontrado tanto en la Biblia como en las Escrituras hindúes y en el Corán y que “constituye la fuerza más pujante que posee el mundo”. “El mundo está fatigado del odio”... “La no-violencia ha descendido entre los hombres y allí permanecerá. Es la anunciadora de la paz del mundo”.

Fue, como él se llamó a sí mismo, un “idealista práctico”. En Johannesburg, en lucha contra el racismo, precisó y practicó su método de acción que designó con la palabra sánscrita *satyagraha* (*satya* es la verdad que corresponde al amor y *graha* es la fuerza; luego, “amor-fuerza”). El Mahatma preconizó, así, una no-violencia asentada en la fuerza del alma, en el vigor del espíritu que hacen posible la abstención heroica del empleo de la violencia como respuesta a la violencia. Expresó que “la no-violencia implica un esfuerzo de auto-purificación tan completo como humanamente sea posible”, y aconsejaba a sus adeptos una

disciplina de vida caracterizada por la austeridad y el sacrificio. Anheló que la India, con la adhesión activa de sus trescientos millones de habitantes, transmitiera al mundo un mensaje de no-violencia y logró, renunciando al uso de la fuerza, el triunfo sobre la fuerza y el milagro, con esa praxis política, del cese de la colonización inglesa en su patria.

Quien predicó la violencia y la tolerancia murió por la acción violenta de un intolerante. Todos los instantes de su vida fueron en servicio de la humanidad. Bien pudo expresar Albert Einstein: "A las generaciones futuras costará creer que un hombre así anduvo por nuestra Tierra".

Charles de Foucauld llevó a la realidad, en Africa, su vocación de paz, una misión plena de grandeza y responsabilidad, de predicar el amor y erradicar la violencia en un mundo de violencia; y fue el fundador de las Fraternidades de Pequeños Hermanos y de Pequeñas Hermanas, hoy diseminadas por el universo, ejemplos vivos de renunciamientos heroicos y de amor al prójimo.

Martin Luther King expresó que "una de las grandes tragedias de la vida es que raramente los hombres tienden un puente entre la teoría y la práctica, entre el obrar y el decir"... "profesamos fieramente ciertos principios, sublimes y nobles, pero practicamos tenazmente la exacta antítesis de esos principios"... "Proclamamos nuestra adhesión a la democracia, pero realizamos lo opuesto, exactamente, al credo democrático. Hablamos de la paz con pasión y preparamos asiduamente la guerra"... "Esta dicotomía extraña, este foso doloroso entre lo que *debe* ser y lo que *es*, representa el lado trágico del peregrinaje terrestre del hombre" (*La Force d'AIMER*, p. 50). Expresó también que tenemos la misión de vencer a la ignorancia: "el hombre moderno tiene una cita con el caos y ello a causa por una parte de su malicia pero, por otra, de su estupidez" (*ob. cit.*, p. 59). Bregó para que en su patria desapareciera la segregación racial "esta prima hermana de la esclavitud"; y, sobre la guerra y la paz, la bomba atómica, el papel de la ciencia y la técnica, la economía social, el comportamiento de los hombres entre sí y otros problemas de actualidad, expresó, a través de sermones y de libros, su pensamiento iluminado por las lecciones del Evangelio. Propugnó también que los negros respondieran a la violencia con la no-violencia. "¡Castigadme! No lo merezco; acepto el castigo porque soy inocente, para que todo el mundo sepa que yo tengo razón y no vosotros". La víctima de la violencia desenmascara, así, a la violencia, delatándola a plena luz. Es una estrategia que moviliza la opinión pública mundial y logra, paso a paso, los objetivos que persigue. Una bala homicida habría de extinguir la vida de ese Premio Nobel de la Paz y se probaría, una vez más, que la violencia de un hombre inferior puede matar a un hombre grande.

Los cristianos y la violencia

A través de la Biblia se percibe el ambiente de violencia que imperaba, durante la antigüedad, en el Medio Oriente. El pueblo de Israel, vasallo de esa violencia, tuvo que soportarla y, por reacción, que ejercerla. El Dios bíblico prestó su ayuda a las víctimas de la violencia y montó en cólera contra quienes la promovían. Sin embargo se manifestó siempre contra la violencia. Cuando promulgó el Decálogo dijo: “no matarás” (Exodo, 20, 13). Prohibió así todo daño u ofensa al prójimo. Es cierto que estableció también la ley del talión (Ex. 21, 20, 26) pero ella, destinada a los jueces, significaba sanción para la violencia y medida para la ira del ofendido, en un pueblo que hasta entonces no ponía límites a sus venganzas.

Llega después Jesús de Nazareth. Padece la violencia desde su cuna: nace en pesebre humilde debido a las rudas circunstancias que creó el censo ordenado por un invasor romano; escapa enseguida al degüello de los Inocentes que, para eliminarlo dispone Herodes; y muere crucificado cuando Pilatos se lava las manos, las manos que quedan como las más sucias de la historia, y la plebe instigada (Mateo, 27, 20; Marcos, 15, 10) opta por Barrabás. Su doctrina es de paz, de perdón, de no-violencia: “Señor dice desde la Cruz, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lucas, 23, 33). Antes habíase negado a que sus ministros pelearan para defenderlo (Juan, 18, 36) y cuando “uno” (Pedro) que estaba con El en el momento en que iban a prenderle sacó la espada, Jesús le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar porque todos los que tomaren espada, a espada morirán” (Juan, 26, 52). A la venganza que había anunciado Lameck (7 veces por Caín y 70 veces 7 por él —Génesis, 5, 24), Jesús respondió que debía perdonarse igual número de veces (Mateo, 18, 22), y frente a la antigua ley del talión, exhortó a la paciencia, a proscribir la venganza, a amar al prójimo, inclusive al enemigo (Mateo, 5, 38, 39, 44); “la paz os dejo, mi paz os doy” (Juan, 14, 27). La beatitud de los pacíficos, el ecumenismo de la paz, surgen del mensaje de Cristo a quien Gandhi consideró como la figura más grande de la historia, Aron como una de las maravillosas realizaciones de la raza de Israel y el socialista Barbusse como admirable figura de la fraternidad humana. Entre nosotros, Echeverría escribió: “No había libertad ni igualdad porque no existía entre los hombres vínculo de fraternidad. Pero el *verbo* de Cristo pronunció fraternidad; y esa palabra fue el verdadero *fiat* de la regeneración moral del género humano” (17).

Entre las formas del cristianismo me referiré al catolicismo que es la más difundida. Se apoya en dos polos: el Evangelio y la Iglesia.

¹⁷ ECHEVERRÍA, Esteban, “Manual de enseñanza moral”, Universidad de Buenos Aires, 1956, pág. 92.

a) La posición del Evangelio frente a la violencia, surge clara de la Palabra de Jesús que he recordado. Es cierto que El también dijo: “Vine a poner fuego en la tierra ¿y qué voy a querer sino que arda?” (Lucas, 12, 49); “no vine a poner paz sino espada” (Mateo, 10, 34); y pronunció el “ay” sobre los fariseos (Mateo, 23, 13-36) y con un azote expulsó a los mercaderes del templo (Juan, 2, 15). Pero la espada que empuña Cristo es la de la verdad que separa el valor del antivalor y la abnegación que exige no es un abandono en la nada sino un engrandecerse en servicio de la humanidad. El cristianismo de Cristo es dinámico; Bergson coincide con Teilhard de Chardin al ver en Cristo el principio y origen de toda religión dinámica.

b) Cristo fundó la Iglesia: “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos”. Han pasado 1936 años. Toda la cultura romana, la helénica, la civilización de entonces, queda en recuerdos arqueológicos de museo. El esplendor de los imperios que persiguieron a la Iglesia y multiplicaron los mártires, se ha apagado como se han apagado las herejías e inclusive los escándalos que en época remota subieron hasta el trono del Vicario de Cristo infestado, como hombre, por el paganismo renaciente. La Iglesia, mientras tanto, ha crecido y con jerarquía y ascendiente en aumento difunde su doctrina. En lo que concierne al tema que analizo, es de no-violencia. Recordaré sólo algunos de los últimos documentos.

(I) Están las Encíclicas “Mater et Magistra” y “Pacem in terris” de Juan XXIII. Contienen una apelación a la paz y proporcionan el esquema para lograrla. Se impone proscribir el desorden que reina no sólo entre individuos sino también entre pueblos; eliminar la fuerza, asegurar la convivencia en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad; la prosecución del bien común por los poderes públicos y una eficaz tutela de los derechos y deberes; promover los derechos de las personas y, en el orden internacional, una solidaridad eficiente y el desarme, la ausencia de opresión injusta de unas naciones sobre otras, etc., etc. En síntesis, extirpar las causas de tensiones y corregir las situaciones de violencia.

(II) El Concilio Vaticano II ha tomado también posición frente a la violencia en varios documentos. Así, en la “Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual” (*Gaudium et Spes*), consagra todo el extenso capítulo V de la parte segunda a la guerra y a la paz y reprueba todas las formas de violencia y la guerra total, enunciando, a la vez, las causas y remedios de las discordias. Así, en la “Declaración sobre religiones no cristianas”, condena “como ajena al espíritu de Cristo, cualquier discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión”. Así, en la “Declaración sobre libertad religiosa”, brega por la libertad o inmunidad de coacción en materia religiosa, sea de las personas, sea de las comunidades de cualquier credo, y por el derecho a no ser impedidas en la enseñanza y en la profesión pública de su fe.

(III) En el camino hacia la extirpación de las causas de violencia, no puede omitirse la Encíclica "Populorum Progressio", de Paulo VI. "Los pueblos hambrientos interpelan hoy con acento dramático —se dice acertadamente— los pueblos de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres" . . . "tener más para ser más". Hay que prevenir la tentación de la violencia. "Hay situaciones —se expresa— cuya injusticia clama al cielo" . . . "es grande (entonces) la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana". Sin embargo —se añade— "la insurrección revolucionaria —salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente contra los derechos fundamentales de la persona y dañificase peligrosamente al bien de la comunidad— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas".

(IV) La Iglesia Latinoamericana reunida en Medellín (agosto-setiembre 1968) se pronunció también contra la violencia. Tras un llamado a los que tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder", el documento final se dirigió a quienes ponen su esperanza en la violencia y les invitó a que, sin declinar sus reclamos de justicia y a fin de hacerlos fructificar, proscribieran los métodos de violencia y se pusieran al servicio de la paz.

El cristiano debe ser pacífico porque "la violencia no es cristiana ni evangélica". Aunque es capaz como hombre de ser violento, corresponde que, sin renunciar a su lucha contra la injusticia, no apele como regla a la violencia. Si a un ministro de Jesús se le prohibió la espada para defenderlo, resulta triste paradoja que ahora un sacerdote use la ametralladora y muera en insurrección o que participe, activamente, en actos de violencia.

El camino que ha de conducir a la nueva Jerusalén anunciada por Juan en el Apocalipsis, es largo y está lleno de escollos. En ese nuevo mundo, Dios enjugará de los ojos de los hombres "todas las lágrimas; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor" (Ap. 21, 4). La violencia, así, habrá desaparecido. Sin embargo, hoy vive en el mundo, en esta vieja Jerusalén. En razón de ello la Iglesia, aunque es adversa a toda forma de violencia, la tolera, excepcional y transitoriamente, como legítima defensa contra la violencia: la insurrección en caso de tiranía y la guerra justa, por ejemplo.

Dejo así examinada, en apretada síntesis, a la violencia como objeto de observación y como interrogante.

Parecería, a través de lo dicho, que la historia es lucha violenta, y sólo lucha violenta. No es así y tal concepción —ya

lo dijo Ortega y Gasset— es una falsa historia que se fija sólo en el *pathos* y no en el *éthos* de la convivencia humana; es una historia de las horas dramáticas de un pueblo, no de su continuidad vital; no es una historia, sino más bien un folletín (18).

Pero la lucha ha existido y existirá siempre porque la misión del espíritu humano es combatir por la verdad y ésto exige que, a impulsos de la esperanza, se combata contra la falsedad, contra la injusticia, contra todas las obnubilaciones, contra las fantasías engañosas y embaucamientos. El combate, cuando hay libertad política, se desarrolla con medios espirituales. Cuando aquella no existe, suele desenvolverse en la violencia (19). La lucha por la verdad es inevitable y no debe suscitar reproche porque la verdad es un hacerse y no cosa hecha a contemplar; es un crearse y todo acto de creación implica quebrantar algo existente, repeler algo informe, comportarse en actitud de búsqueda, enfrentar resistencias a la justicia o al apartamiento de elementos de tinieblas. Al describir los primeros actos de creación, el Génesis ya dijo: “La tierra era informe y estaba vacía . . . separó la luz de las tinieblas”.

Estamos viviendo una historia que aunque encierra en sí lo caótico, no conduce al caos. Siempre hubo en el proceso de la historia humana evolución e involución, avance y retroceso. Quizás nunca, como al presente, existió una ruptura tan grande entre “cultura” y “civilización”, y ello constituye, sin duda, una de las causas principales de la violencia física y moral de nuestra época (20). Pero se advierten síntomas promisorios. Hoy el hombre tiende a ser más universal, más comprensivo, mejor prójimo que en cualquier otro período precedente. Se han sancionado con la declaración de 1948 derechos para el hombre, con vigencia universal, y aunque en algún lugar se los viole, existe conciencia, también universal, de que deben ser respetados. Las ideas tienen fuerza y terminan por imponerse.

Pienso que el mejor instrumento para extirpar la violencia es una conjunción inescindible de inteligencia y corazón, es decir de conocimiento y de amor.

a) Una inteligencia que conduzca al conocimiento de la realidad, que busque con ahinco la verdad y sea suficientemente lúcida y vigorosa como para que, en su actividad cognoscitiva, pueda desbordar la presión de lo ya “construido” y lo ya “adquirido”, de todo aquello que, como resultado presente de un lejano crepuscular, impide a veces rever ideas hechas e impide también, al poner trabas a la libertad de investigación, alcanzar la verdad, la comprensión exacta de las situaciones, el discernimiento de los medios racionales y razonables.

18 ORTEGA y GASSET, José. “La interpretación bélica de la Historia”, en *El Espectador*.

19 Cfr. JASPERS, Karl, “Balance y perspectiva”, Edit. Revista de Occidente, Madrid, 1953, págs. 226 y sigs.

20 ONIMUS, Jean, “Tensions et distorsions dans l’humanisme contemporain”, en *La violence dans le monde actual*, ob. cit. págs. 27 y sigs.

b) Pero el solo conocimiento, labor de la inteligencia, no basta para liberar al mundo de la violencia. El conocimiento aislado es estático y suscita la relación sujeto-objeto. Aquí, porque se trata de algo que afecta a hombres frente a hombres, es menester entrar al imperio de la acción y la relación que interesa es la de sujeto-sujeto. Se hace necesario, pues, un contacto cordial y vital con la colectividad. El amor, como estímulo de la voluntad actuante, puede proporcionarlo.

Max Sheler, tres siglos después que Pascal, repitió que el amor hace clarividente y no ciego. Constituye uno de los principios mismos de la voluntad de paz y abre camino a la fraternidad entre los hombres. Es, como expresó Gabriel Madinier, el *supremo inteligible* porque unifica lo diverso sin destruirlo y porque lo conserva al unificarlo. No tiende a someter sino a promover. Trátase, por cierto, conforme a las distinciones de los psicólogos, no del “amor captativo”, sino del “amor oblativo” y del “de comunión” que, en el fondo, los dos últimos constituyen un solo amor. Es el amor que Cristo, con fuerza de ley e infundiéndole nuevo espíritu, enunció en la Última Cena: “Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros”.

Con esa conjunción de inteligencia y corazón, de conocimiento y amor, desaparecerá paulatinamente del mundo todo lo que es causa de violencia: el hambre y la miseria; los privilegios de raza, de color, de cultura y de riqueza; las actuales escisiones entre derecho y deber, entre libertad y responsabilidad; la guerra como forma de solucionar los conflictos entre los Estados; el armamentismo sin medida; el absurdo equilibrio del terror; la distorsión creciente entre desarrollo y subdesarrollo. Cada hombre, por generosa decisión de los demás hombres, “tendrá más para ser más” y a la cascada de privaciones sucederá una cascada de liberaciones; la democracia, como el mejor régimen político, imperará en el universo entero; caerá el egoísmo individual, de grupo y de nación, y en esta tierra buena la bondad y la comprensión habrán aventado a la violencia.

Bregar por un mundo mejor en que reine la paz y la justicia, es empresa que compromete al conjunto de hombres y a cada hombre en particular. El hombre, aliado a los demás hombres, salva su destino y el de los otros. La rueda de los días nos empuja hacia adelante. Los tropiezos no deben desanimarnos ni hacernos perder de vista las grandes y lejanas metas. Hoy el hombre puede alcanzar hasta las estrellas cuando lo empuja la fe que crea, sostiene y conduce.
